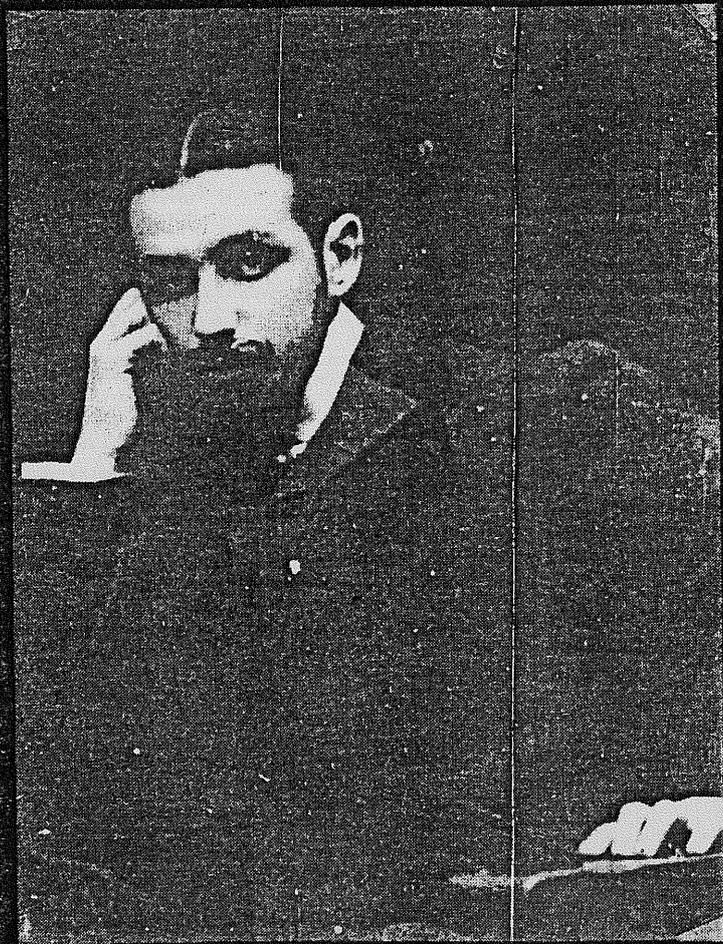


# EL CIERVO

Los primeros cien años de  
**Juan Ramón  
Jiménez**



EL CIERVO ha concedido  
los premios Enrique Ferrán 1981

Título

Apreció en El Añmo

Estudio la trayectoria seguida por el género aforístico en manos de JR, quien recibe el aforismo como cauce de contenido intimistas y moralistas aferrados al XIX y lo   
 ~~que forma en~~   
 ~~cauce de exp. poética~~   
 ~~cauce de reflexión poética~~

# Notas críticas sobre la obra de Juan Ramón Jiménez

Francisco J. Blasco

Universidad de Salamanca

## Nota genérica sobre el aforismo juanramoniano.

Es muy difícil calcular las dimensiones exactas de la producción aforística juanramoniana —las cifras que distintos documentos del poeta nos ofrecen oscilan entre 5.000 y 10.000 aforismos (1)— y no menos difícil resulta asimismo definir o precisar el carácter que este género tiene en Juan Ramón. Un estudio coherente y general de sus aforismos no será posible, hasta que éstos no sean recogidos en un solo libro que, evitando la repetición de textos y suprimiendo interferencias entre las distintas series, los clasifique y ordene de modo racional. Nos hallamos, hoy por hoy, muy lejos todavía de que esto sea una realidad. Las ediciones existentes son absolutamente parciales, reiterativas y arbitrarias. Me limitaré por ello, aplazando para otra ocasión el estudio de las cuestiones concretas que esta producción nos ofrece, a seguir, con la intención de concretar algunos aspectos del carácter y función del aforismo, los juicios emitidos sobre el tema por Juan Ramón Jiménez.

Extraigo, de entre las muchas referencias que sobre el aforismo se encuentran en las *Conversaciones* del poeta con Ricardo Gullón, una que, en el aspecto que ahora nos importa, me parece especialmente significativa. Dice Juan Ramón: "Alguna vez picaba en los moralistas. A Pascal, La Rochefoucauld y Chamfort los conocía a los veinte años y yo creo que en ese tiempo y por influencia de ellos empecé a escribir aforismos" (2). Por estas palabras, unidas al estudio crítico de los textos, se puede deducir que el poeta adoptó, en un principio, la forma

del aforismo para reflexiones de carácter personal y de tipo moral, como expresión sentenciosa, sintética y fragmentaria, apta para unir reflexiones íntimas de carácter ético y resumir los pensamientos escogidos de sus lecturas filosóficas. Son fácilmente localizables los modelos que tiene presentes Juan Ramón para la redacción de sus primeros aforismos. Es él quien nos señala algunos de los posibles puntos de partida de los mismos. Estos hay que buscarlos, primero, en la literatura de los moralistas. En un texto inédito del Archivo de Río Piedras —destinado a servir de prólogo a *Ideología*, uno de los libros de *Metamorfosis*—, Juan Ramón añade a los nombres de Pascal, La Rochefoucauld y Chamfort, los de Tomás de Kempis, Nietzsche, *Marco Aurelio* y Goethe, como estímulos directos de esta producción. De otro lado, conviene tener en cuenta que el aforismo fue, durante el primer cuarto del siglo XX, un género de moda. En forma aforística vertió Nietzsche gran parte de su filosofía; A. Zozaya tradujo en 1899 —y con toda probabilidad éste es uno de los libros que Juan Ramón, en torno a 1904, conoció y leyó en casa del doctor Simarro— *Los aforismos sobre la sabiduría de la vida*, de Schopenhauer; patentes similitudes de asunto y de forma con el aforismo guardan los "Rubayatas" de Omar Khayyam de Naishapur, que los modernistas trajeron y apreciaron ostensiblemente (3); de aforismos es todo un libro, de Rabindranat Tagore, traducido por Juan Ramón (4); aforismos escribió Unamuno y aforismos, en definitiva, son gran parte de los textos del *Juan de Mairena*,

de Machado. La escritura aforística, pues, estaba en el ambiente y Juan Ramón acude al aforismo y lo utiliza, primero como cauce de interiorización y búsqueda personal interior. No nos extraña, por ello, que publicase las primeras series de aforismos bajo el título de "diario" (5). Durante todo el siglo XIX, en el contexto europeo, puede rastrear-se una muy arraigada corriente de literatura de interiorización —Obermann, Amiel, Rousseau, Sénancour, etc.—, que favorece la escritura de "pensamientos sueltos...", más conformes —dice Joaquín Lorenzo de Villanueva en el *Kempis de los literatos*— a lo que pasa realmente en nuestra alma".

En este contexto se definen los primeros aforismos de Juan Ramón. En la pluma de nuestro poeta, sin embargo, este "genus dicendi" se transforma y se convierte en cauce de plena modernidad, acorde con la, tantas veces señalada, aversión del siglo XX hacia el pensamiento sistemático, y acorde, también, con la tendencia —igualmente moderna— a lo fragmentario. Cabría, en este sentido, relacionar el aforismo de Juan Ramón con la greguería, el haikai o el poema construido. Lo que quiero señalar, sin embargo, es que, después de pasar por la mano de nuestro poeta, este cauce resulta apto, por igual, para la expresión lírica y para la reflexión poética. En ambas direcciones, habilitado por la pluma de Juan Ramón, el aforismo encontró plena aceptación en la literatura española anterior a la Guerra Civil. Además de los aforismos de Bergamín —producto híbrido del

D aforismo unamuniano y del de Juan Ramón (6)— utilizan esta forma de expresión Juan José Domenchina y Carmen Conde. Y cito estos dos casos, precisamente, porque sirven de ejemplo para probar la fertilidad del aforismo en las dos direcciones antes señaladas. En ambos, la deuda con Juan Ramón es también evidente. Pero, mientras que Domenchina lo utiliza como cauce para su crítica, Carmen Conde se sirve de él para la expresión lírica.

- 1) Ricardo Gullón, *Conversaciones con Juan Ramón*, Madrid, Taurus, 1958, 82; también, Juan Ramón Jiménez, *Selección de Cartas*, Barcelona, Picazo, 1973, 298.
- 2) *Conversaciones con Juan Ramón*, op. cit., 101-102.
- 3) *Renacimiento*, I (marzo 1907), 89.
- 4) *Pájaros perdidos* (Madrid, Angel Alcoy, 1917), libro del que Juan Ramón toma muchos de los motivos centrales de la poesía suya de ese momento.
- 5) La Literatura intimista, de diario, estuvo también de moda entre los modernistas. Basta citar los "diarios" de Helios:

Bernardo G. Candamo ("Notas de un sentimental", *Helios*, IV, 14 (1904), 14; J. Ortiz de Pinedo ("Del libro de una vida", *Helios*, III, 11 (1904), 234; A. Sawa ("Dietario de un alma", *Helios*, II, 7 (1903), 284; C. Navarro Lamarca ("De mi diario", *Helios*, III, 10 (1904), 26.

6) Más la suma de otras influencias que Juan Ramón mismo puso en su día de manifiesto: "Yo le dije (a José Bergamín) un día que no escribiese nunca largo, pues que su ingenio de ardilla tenía bastante con el aforismo..., mezcla de Cocteau, Nietzsche, Otto, Xenius..." (*Selección de cartas*, op. cit., 196-197).

R. A. Cardwell

University of Nottingham. Gran Bre

## Juan Ramón Jiménez y una página verdaderamente dolorosa

Entre los temas comunes que emplean los escritores progresistas del fin de siglo se destaca su antipatía casi unánime por la urbe. Sólo Ramiro de Maeztu y Gabriel Alomar se opusieron a esta actitud por su elogio de la metrópolis. Unamuno, Baroja, Ganivet, Azorín y otros de la gente nueva de los novecientos consideraron que la ciudad era capaz de aniquilar los espíritus de los hombres y de reducir sus vidas a una miseria de esclavitud asalariada y de privación, con el resultado de que los hombres se hallaban desarraigados de su herencia cultural y tradicional. Unamuno, por ejemplo, hablaba en nombre de la mayoría de su generación cuando, en una carta a Ganivet ensalzó "los elementos que huelan a tierra, a una tierra cualquiera" y continuó: "resistamos no el cosmopolitismo, sino el *urbanismo*, o sea, el espíritu de las grandes ciudades, tan nocivo para toda cultura sería. La montaña, la llanura, el campo, el pueblecillo natal vivifican, el bulevar mata" (1-IX-1898).

Junto a la crítica de la urbe se nota el creciente temor de los efectos de la industrialización y el desarrollo de la tecnología moderna. Ganivet fue uno de los más tempranos en postular el punto de vista, en *La conquista del reino Maya* (1897), que el progreso material es fundamentalmente perjudicial al alma humana y que sus consecuencias serán la deshumanización y la reducción de la gente a "fragmentos de hombres", "en instrumentos especiales de trabajo" (I, 566). "Estas invenciones dan dinero y poder, dominio material", escribió en *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (1898), "pero esto ¿qué vale?... Si yo supiera crear fuego en todos los corazones e ideas nobles y generosas en todos los cerebros, ¿esta sí que sería una invención maravillosa! Los inventos materiales, despreciosos Vd." (II, 530-31). Este proceso del rechazo de valores materiales

en favor de los de una genuina facultad creativa, es decir un progreso y una regeneración espirituales, se repitió en las obras tempranas de Unamuno. Entre muchos ensayos se puede subrayar "La vida es sueño. Reflexiones sobre la regeneración de España", que se publicó en *La España Moderna* en noviembre de 1898 (III, 407-17). Lo importante para Unamuno es que el individuo disfrute de paz espiritual y le importa poco que el país se esté derrumbando o no. "Maldito lo que se

gana con un progreso que nos obliga a emborracharnos con el negocio, el trabajo y la ciencia, para no oír la voz de la sabiduría eterna... Sólo se comprende el progreso en cuanto... nos permite levantar la frente al cielo y aliviándonos de las necesidades temporales, nos descubre las eternas."

Esta creencia que el progreso científico fue perjudicial al desarrollo de los valores espirituales (morales, éticos, estéticos, etc.), de los cuales, según ellos, carecía España, se nota en el lamento de Juan Ramón Jiménez en *Rejas de oro* (1900): "Ahí no puede existir parte alguna de idealismo..." La falta de *idealismo* es un tema estrenado por escritores que dieron gran importancia a la belleza y el sentido estético, hombres como Rubén Darío, José Enrique Rodó y Juan Ramón Jiménez. En *Los raros*, de 1896, en el momento cuando Ganivet describió la tarea de Pío Cid como la necesidad de "suscitar en cada espíritu un mundo ideal", Darío ya advertía que "la ciencia impide al poeta penetrar y tender las alas en la atmósfera de las verdades ideales". "El sentido de la utilidad material y el bienestar", nos dijo Rodó en *Ariel* (1900), fueron "particularmente funestos a la difusión de preocupaciones puramente ideales".

Juan Ramón, quien, según Cernuda, fue un torremarfileño, no se vio ajeno a estas consideraciones. En una *Página dolorosa* del año 1903 expresa el poeta semejantes preocupaciones en la historia de un joven que explicó a su padre el porqué científico de una tronada. El hijo que acaba de volver a casa "después de muchos años de viaje por tierras lejanas" representa el mundo moderno progresivo fuera de la comarca aldeana que simboliza los antiguos valores. Jiménez se refiere al nuevo modo de progreso económico que trae consigo la disgregación social y la disolución de la familia.

